

Lo americano no estorba a lo español, porque a la tierra no estorba la piedra ni la vegetación (...) Cuando desembarqué en Quevedo, fui recorriendo esas cosas sustanciales de España, hasta conocer su abstracción y su páramo, su racimo y su altura. (Pablo Neruda, Antología Poética, Ed. Hernán Loyola, 1981)

Americano de España, español de América. De este modo se definía el gran poeta Rubén Darío. Y tras su estela, otros magníficos poetas de *Nuestra América* (José Martí *dixit*).

La voz de su amo

Soy una aprendiz de América.

América está en mi biografía.

Vivía en un lugar de La Mancha pequeño y universal. Tenía once años.

Mi vida es el recuerdo de un verano inmenso, sin fin, bajo el azul de un gran toldo, ballena suspendida en lo alto con sus cuerdas y anclajes.

Entre la naturaleza y el juego, nada me obligó, sólo los límites de la vida, dormir, jugar, comer, besar a las visitas, volver a jugar, volver a dormir. Alguna oración. Respetar el orden cosido al ritmo de la vida.

Y allí estaba América.

Niña solitaria, tenía a mi disposición el tiempo y la canción.

¡Ah, los viejos discos microsuros a setenta y ocho revoluciones! En su centro, la graciosa etiqueta *La voz de su amo*. Así, como el perrito de la famosa marca discográfica, estaba yo ante el altavoz, amando a América.

Aprendí tantas canciones, recorrí tan largos caminos, conocí tantos países de mí misma sangre y lengua, que aquel perrito del sello discográfico, se convirtió en mi gran maestro.

Sonaban las pampas de Argentina, y estaba yo en ellas.

Yo las pampas recorría en mi potro soberano, hasta el boliche lejano donde mi china vivía.

Allí fui ranchera y gaucha.

Con una milonga, conocí el gran río Paraná. Allí empezó mi fascinación, de por vida, por los ríos.

Junto al Paraná cantan los jaguares en la noche fría y en aquel verdor de luz y color, son las margaritas, que simbolizan el amor.

Aprendí la bravura mexicana, el brío de su alma, en aquella voz que orgullosamente narraba la Guadalupe de México:

*Tienes el alma de provinciana
huelas a limpio, a rosa temprana
a verde jara fresca del río
son mil palomas tu caserío.*



Amar América (Rubén Darío y yo) (I)



MARÍA ANTONIA GARCÍA DE LEÓN

Y tantas otras canciones que aprendí en el tiempo de la inocencia en el territorio Mancha.

Una infancia en Territorio Mancha

Arriba pegando el sol, en el estío de la llanura manchega, sobre los grandes corralones austeros y encañados de mi casa, al fondo las cuadras, y una enorme gavillera.

Todo destallaba por el sol, la cal ardiente y la parqueada ambiente, puro minimalismo manchego, subrayado con algún rodapié de añil o de almagra. Reino del blanco limpio, relimpio, como aquel rótulo que me daba risa: Callejón de Don Federico Relimpio.

Asombroso contraste. Qué alivio aquella atmosfera verdeante que sonaba en los discos, y sus grandes ríos, cascadas, flores y tantas cosas que mi imaginación hacía sonar dentro de mí.

Ellas fueron mi lírica, a la que muchos años después, se sumaron la prosa ondulante en su laberinto de García Márquez, el logos que alarma de aventura de

Borges, y tantos más.

Aquellas canciones me hicieron ser una escritora. También una niña soñadora y alegre.

En el país de los sueños, haga calor o frío, o brisa tropical, se está bien. Es un estado de gracia.

Bien lo sabía Miguel de Unamuno:

*Agranda la puerta, Padre
porque no puedo pasar.
La hiciste para los niños,
yo he crecido, a mi pesar.
Si no me agrandas la puerta,
achícame, por piedad,
vuélveme a la edad aquella,
en que vivir es soñar.*

María Antonia García de León es Profesora de Sociología (UCM), escritora y poeta. El Yo Sitiado (Diario de 2020) es su obra más reciente. antonia006@gmail.com